

# PASTILLAS PARA NO SOÑAR

Pedro Alonso de la Iglesia



## Primer capítulo:

### La visita

#### 1

Nuestro protagonista se llama Óscar, una persona aparentemente anodina y desconectada del mundo que lo rodea.

Una tarde de lluvia, una de tantas que bañan su ciudad natal, está arrebuñado en su sillón favorito, viendo la TV sin prestar atención a lo que están echando y con la vista absorta en la página del libro de turno. Esta vez toca una novela que transcurre en mundos lejanos y desconocidos, creados por la imaginación de otro soñador atrevido y descarado.

Sin darse cuenta, un instante es suficiente contenedor para su inquieta imaginación. Deja el libro, de título incierto, y juega a vislumbrar los seres que habitan en esos perdidos planetas: altos, bajos, gordos, delgados, amarillos, con la piel adornada de lunares, azules, rojos, con crestas, a cuatro patas, bondadosos, necios, buenos, malvados..., hasta les pone nombres a algunos; fantasea con ser amigo de un joven tuidde, de nombre Bernni, aprendiz de cadete en la Granestrella Negra de la nueva república galáctica. Sí, un simple aprendiz, ya que tan solo cuenta con dieciséis hectroanhos luminosos. Óscar, sin moverse del sillón, viaja las distancias inimaginables que los separan.

—Bernni, llegas tarde, segundo aviso en tan solo tres semanas de entrenamiento en la Granestrella Negra. Te recuerdo que uno más en los cuatro primeros meses de instrucción y habrás perdido tu mejor oportunidad de ingresar a formar parte del cuerpo de los Guardianes Negros.

—Sí, señor. A sus órdenes, señor. Gracias por preocuparse por mi futuro, señor. Ciertamente mi sueño es convertirme en capitán de los Guardianes Negros y así proteger a nuestro amado Jegaz.

—Ja, ja, ja. Tranquilo, hijo, tranquilo. Suerte tendrá un tuidde de tu clase si consigue sobrevivir entre tantos hombres dignos de ingresar. No sé cómo tienes tan poca vergüenza de tan siquiera atreverte a competir contra

ellos. Ojalá cometas pronto esa falta que nos permita perderte de vista de una maldita vez.

—Sí, señor. Vuestras palabras son como música alentadora para mis pabellones auditivos, señor.

—Lárgate cagando leches, piltrafilla, antes de que cambie mi habitual buen humor.

De pronto, toda esa distancia es recorrida en milésimas de segundo y Óscar reaparece sentado en el sillón de su habitación. Justo a tiempo para escuchar la llamada de su madre.

## 2

—Óscarr, a comer, no te vuelvo a llamar.

Era el mediano de tres hermanos. Susana y Nicolás se llamaban los otros dos. Ella a sus veintisiete años recién cumplidos acababa de empezar a salir con uno de los integrantes del consejo de una multinacional farmacéutica llamada La Receta de T. H. O. R.

A Óscar no le gustaba el tipo. Se preguntaba cómo había conseguido semejante puesto en la tremenda empresa, aunque se temía que sabía la respuesta: su padre, el todopoderoso Raphaell Triippoli, antiguo mafioso, convertido de la noche a la mañana en magnate farmacéutico.

El novio de su hermanita, hijo único —reconocido, al menos, de don Raphaell—. El tal Raphaellin —alto, fuerte, ojos azules, rubio, atlético— había sido capitán del equipo de fútbol de su instituto. Etapa longevísima, ya que durante ese tiempo atravesaba una época muy conflictiva con su padre, lo cual le ocasionó una prolongada estancia en el instituto.

Ahora, a sus treinta y un añitos recién cumplidos —pasó los tres últimos «saltando» de piso en piso por los hogares de los contactos de papá Triippoli dispersos por media Europa—, había empezado a trabajar.

Óscar no se acababa de tragar esa imagen que el susodicho se afanaba en proyectar. Pese a que la diferencia de edad con la Su era bastante grande, él y su hermana tenían un vínculo especial.

Fanática de los deportes —de pequeña había formado parte del equipo femenino de baloncesto de su colegio—, ambos solían quedar después de sus clases para ir a jugar al fútbol.

—Vamos, Óscar. No seas tan mamoncete. ¿Por qué dices que no te gusta Raphaellin si es encantador contigo?

—No lo sé, Su, no me da buena espina, no me gusta para mi hermanita.

—¿Qué le ves?

—¿La verdad?

—Claro, ¿y eso a qué viene?

—OK, vale, lo veo demasiado perfecto, como si representase continuamente un papel. No sé cómo decirte, es como si tuviese algo que esconder; ya sé que, al fin y al cabo, el «malo» es el padre. Pero, Su, ¡ojalá me equivoque!

—Ja, ja, ja, hermanito. Porque fui al hospital a verte cuando naciste y te tenía mamá en brazos, aun así dudo que seas mi hermano pequeño.

—En serio, Su.

—¡¡¡Déjalo ya!!!

—Vale, como prefieras, me preguntaste tú. —Prométeme una cosa, que intentarás llevarte mejor con él.

—Su, te prometo que lo seguiré intentando, ¿OK?

—Supongo...

—Y tú prométeme que irás despacio y con cuidado.

—¡¡¡Ay!!!, Oscarín, Oscarín, eres un caso perdido. Pero te quiero mucho, mamoncete. Anda, recoge, que se nos hizo algo tarde, vamos a cenar.

### 3

Llegaron a casa, la mesa puesta con cuatro servicios, aunque en esos momentos solo vivían los tres: la Su, Óscar y la madre.

—¿Tú sabes algo? —pregunta él.

—¿De quién viene a cenar? —dice la Su.

Mientras tanto, a cuatro manzanas de allí, caminaba un hombre alto, de ojos azules y barba de una semana, como salido de otra época —tanto temporal como estacional—. Vestía bermudas de pinzas caqui, camisa a juego, calcetines blancos hasta las rodillas y un salacot con una tela cosida para proteger la nuca. La extraña indumentaria se completaba con una mochila colgada al hombro por una sola cincha.

Ding, dong, ding, dong.

—Su, abre la puerta.

—Joer, mamá, siempre me toca a mí. ¿Y el otro?

—Ya sabes, en su habitación. Entre esa música endiablada que pone y que estará viajando por toda la vía láctea...

Ding, dong, ding, dong, ding, dong.

—Voy, voy. Joder, qué prisas. ¡¡¡Papá!!!, ¿y tú aquí?

—¿Son esas formas de recibir a tu padre después de tantos años? Ja, ja, ja.

—Te he echado mucho de menos, estás como la última vez. Bueno, por debajo del casque tropical asoman unas cuantas canas más, ja, ja, ja.

—Me temo que no es solo eso, pero no sigas.

—¡¡¡Mamáááá!!!, ¿a que no sabes quién está aquí?

—¿Quién?

—Ven, apuraaaa.

—Hola, Nikov, me alegro de verte. ¡¿Qué estoy diciendo?!; ¡¡¡holaaaa, cielo!!!, ¡¡¡qué alegría coger el teléfono y escuchar tu voz!!! La hora que pasó desde que llamaste se me ha hecho eterna. ¡¡¡Por fin estás aquí!!!

—Su, vete a avisar a tu hermano.

—Óscarrrr, Óscarrrr, corre, baja, ¡¡¡Oscarínnnn!!!, correeee.

—Joderrrr, Su, ¿qué pasa?

—Apura, baja, ¡¡¡vino papá!!!

—¿Quéééé?

—Eso, ¡¡¡coño!!!, bajaaaa.

Cuando se había ido por última vez, la madre estaba embarazada de cinco meses de Nico.

—Hola, hola, Nikov, quiero decir, hola, padre.

—Hola, Óscar, hijo. No sabes cuánto he soñado con este momento. La última vez que pude venir, tenías tres o cuatro años, , ¡cómo has crecido! Ya eres todo un hombre.

—Sí, ha pasado mucho tiempo. Mamá me dijo que trabajas de médico en África.

—Ah, ya decía yo que este paquete que me «apareció» en la mochila debía ser por algo. —Y le tendió una caja del tamaño de una de zapatos aproximadamente, guiñándole un ojo y sonriéndole—. Sí, hijo. Ahora estoy desplazado en Angola, concretamente en su capital, Luanda.

—¿Y en qué consiste tu trabajo?

—Óscar, ¿no has escuchado en la tele lo que está pasando por allí?, seguro que sí, tu madre me dice que eres muy inteligente, que eres uno de los mejores de tu curso. Trato de ayudar a los más necesitados, soy médico sin fronteras. Formo parte del retén de Naciones Unidas. Llevamos siete años en ese destino. Sí, es un trabajo durísimo pero, al mismo tiempo, el más maravilloso con el que se puede soñar. Mi mejor sueldo es el conato de sonrisas en esas caras que tan a menudo se alimentan solo de esperanzas.

»Hay un chico, más o menos de tu edad, en cuyos ojos te puedes dar largos viajes por los parajes más lejanos. Samuel, Samuel Cayein se llama. Es el mayor de sus hermanos. Desde hace tiempo tuvo que asumir el papel de padre y madre.

—Óscarrrr, dile que te enseñe el casque tropical, verás cómo molaaaa.

—¿El qué?

—El salacot, el sombrero, joer.

—¡Ah, sí!, perdona que me haya puesto tan transcendental. ¿Te gusta? Esa tela es para que el frecuente sol abrasador de más de cincuenta grados a la sombra no te quemee la nuca. A tu hermana siempre le ha gustado llamarlo más por su nombre en francés. ¿Te lo quieres probar?

—¡Venga, todos a la mesa!, se va a enfriar la cena —dice la madre—, ya tendréis tiempo para eso.

Fue una velada especial para todos, en mayor medida para Óscar, que se sentía raro. Entre historietas y anécdotas de una y otra parte, la cena se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Como no podía ser de otra manera, la madre tomó la palabra para contarles a todos detalles del nacimiento de Nico, puesto que Nikov no pudo asistir al nacimiento.

Desde entonces solo le habían llegado unas pocas cartas, que solían ser de la Su. Siendo Nico sietemesino, su mujer estuvo muy débil unos meses como para escribirle y luego únicamente siguió haciéndolo su «princesita».